

pero apenas merece ser citado entre los poetas, pues escribió pocos versos originales. Tampoco puede darse su nombre al olvido, porque contribuyó, con su amor á las letras y con su sano criterio, á desterrar de la poesía la oscuridad y el amaneramiento. En su viaje á Italia aprendió con tal perfección el italiano, que acabó por versificar en este idioma con la misma facilidad que en castellano. Así lo demuestra la traducción italiana que, á ruegos de la Duquesa de Alba, hizo del poema de Arriaza, *La Compasión*. Su ingenio era pronto y agudo, y tal vez se habría dedicado el Marqués con mayor gloria al cultivo de la poesía, á no hallarse engolfado de continuo en polémicas científicas y literarias, que absorbían y recreaban su ánimo. El Marqués de Méritos fué quien hizo aquella natural y feliz traducción del famoso epitafio burlesco:

*Ci git Pyron, qui ne fut rien,  
Pas même académicien.  
Aqui yace Piron, que nada era,  
Ni académico siquiera.*

Y lo recordamos aquí, no por el valor de obra tan insignificante, sino porque fué muy celebrada, y atribuida equivocadamente á Vargas Ponce.

La anécdota siguiente, referida por Cambiasso, puede dar alguna idea del ingenio vivo y desembarazado del Marqués de Méritos:

«En 1787 se dignaron los Príncipes de Asturias indicarle el deseo de que asistiese á las lecciones de su hija la señora Infanta doña Carlota. Finalizados unos exámenes que delante de toda la corte y del cuerpo diplomático sufrió la Infanta, se hicieron unos juegos de prendas, y Méritos se halló, por sentencia dada contra él, en el duro caso de decir un favor y un disfavor á la Princesa de Asturias, y de repente dijo:

Cuando habla Vuestra Alteza,  
Tiene una falta,  
Que aunque sensible á todos,  
No la reparan.

¿Qué falta es ésa?  
Es que acaba más presto  
Que ellos quisieran.»

La Princesa, muy satisfecha, y queriendo sin duda poner en apuro el ingenio de Méritos, le mandó cumplir la sentencia tres veces más. Méritos, lejos de arredrarse, siguió diciendo, sin detenerse:

Tienes, yo lo confieso,  
Mucho agasajo;  
Mas con él esclavizas  
Á los vasallos;  
¡Cosa es de hechizo  
Hacer de tantos libres  
Tantos cautivos!  
  
Que se guarde justicia  
Quieres, señora,  
Y luego con gran gracia  
Tú á todos robas:

Robas afectos,  
Atenciones.... y arrobos  
Á todos ellos.

De disponer de haciendas  
Y aun de las vidas,  
Con arreglo á las leyes,  
Eres muy digna;  
Mas ¡de albedrios....!  
Señora, eso ya pasa  
De despotismo.

Se dejaba arrastrar por el espíritu controversista de la época, malgastando en insustanciales contiendas la fuerza y el calor de un entendimiento elevado. Yerro de don Juan Marujan en su traducción de la *Dido* de Metastasio (1); una traducción del conocido soneto, compuesto para una iluminación de Luca, que empieza:

*Era di notte, e non ci si vedea,*

(1) Esta controversia fué sostenida en Cádiz por el Marqués de Méritos, disfrazándose con el seudónimo de don Eugenio Sarmiento. Publicó con este

motivo dos opúsculos en verso, titulados, el uno *Im-*

y el singular problema de si comieron ó no carne los hombres ante-diluvianos, fueron tres cuestiones vigorosamente empeñadas y debatidas por Méritos, que llegaron á llamar la atención del público, y que pueden dar idea de la candorosa vehemencia con que en el siglo último fueron cultivadas las ciencias y las letras.

El Marqués de Méritos era hombre de humor festivo y muy dado á las bromas andaluzas. Así puede inferirse del imaginario regimiento de la *Posma*, de que se declaró coronel, para satirizar libremente la apatía y cachaza de algunas personas que, como el mismo Méritos dice, con la cantinela perpétua de *Mañana veremos*, pasan los meses y los años en procrastinaciones continuas, sin llegar nunca al término que apetecen. Por fútil que parezca esta especie de juego literario, merece ser recordado cuando se trata de desentrañar la vida intelectual del siglo XVIII, por el éxito singular é inesperado que tuvo la chanza del Marqués de Méritos; chanza que duró más de medio siglo, que tuvo eco hasta en el palacio de los monarcas españoles, y en la cual tomaron parte personajes graves del Estado. Fué uno de ellos el capitán general de los reales ejércitos don Antonio Ricardos. Cuando se hallaba éste al frente del ejército español que invadió el Rosellon, despues de declarada la guerra á la república francesa, el Marqués de Méritos, siempre jovial y chancero, ofreció á Ricardos un refuerzo de las pesadas tropas de la *Posma*. Cayó de tal modo en gracia esta humorada al esclarecido y agudo general, que contestó á Méritos enviándole unas instrucciones chistosísimas para el servicio de los soldados auxiliares, parodiando las reales Ordenanzas, como era indispensable para adaptarlas á la índole peculiar de la *Posma*.

Entre los papeles de *Jovellanos* (1) hemos visto una festiva carta del Marqués de Méritos, en la cual copia un soneto italiano en cuatro versos, obra de don Nicolas Puccini, cadete de Guardias de Corps, y se regocija con la poderosa razón que da este digno prosélito de la institución de la *Posma* para que su soneto no conste de mayor número de versos.

Hé aquí el soneto:

*Santa poltroneria, nume gradito,  
Degl'uomini piacer, gioja e diletto,  
Io ti consacro questo mio sonetto,  
Che per poltroneria non ho finito....*

## CAPÍTULO XV.

El prosaismo desciende de su apogeo.—El canónigo Huarte.—Rodríguez de Arcllano.—Don Ramon de la Cruz.—Gonzalez del Castillo.—Poesía enfática.—Norofia.—Sanchez Barbero.—Cienfuegos.—Moratin (Leandro).—Quintana.

Ya cercano á su término el siglo XVIII, aquella calamidad del prosaismo, que no fué menos implacable enemiga de la buena poesía que lo habia sido en otros tiempos su antítesis, el gongorismo, empezó á descender del apogeo en que se habia encontrado en los últimos años del reinado de Carlos III y en los primeros del de Carlos IV. La crítica no se hizo más libre y desembarazada, pero sí más severa y exigente. Entónces, como siempre, la audacia hacia escribir poesías á muchos que no habian recibido del cielo misión tan delicada; pero ya no se granjeaban fácilmente celebridad gloriosa sino aquellos que estaban dotados cuando ménos

muchos literatos insignes, entre ellos don Diego de Torres, don Pedro Rodríguez de Campománes, don Agustín de Montiano y don Luis José Velazquez.

(1) Manuscritos de la colección del señor Marqués de Pidal.



de ingenio ó de buen gusto. Algunos, aunque están léjos de ser grandes líricos, merecen recordacion honrosa.

Distinguióse por aquellos tiempos, como prosador y como poeta, *don Cayetano María de Huarte*, canónigo penitenciario de la catedral de Cádiz. Le señalaron especialmente á la atención pública las cartas satíricas que escribió sobre la comedia *Sancho Ortiz de las Roelas*, en las cuales demostró, cuando no sentido crítico profundo y vigoroso, viva perspicacia y no vulgar agudeza. Sus sermones fueron muy admirados. Algunos tenemos á la vista, escritos con fervoroso estilo y con espíritu evangélico. Era *Huarte* mejor prosador que poeta. Sus versos, que damos ahora á la estampa por primera vez, si bien con frecuencia insonoros y lánguidos, denotan á veces intencion poética y desembarazado ingenio.

Fué *Huarte* maestro de nuestro difunto amigo, el insigne académico don José Joaquín de Mora, el cual recordaba con especial complacencia algunas poesías de aquel ilustrado sacerdote, y entre ellas la paráfrasis de un salmo escrita para implorar el favor del cielo con motivo de la salida de la bahía de Cádiz de la escuadra que fué á combatir al cabo de San Vicente.

*La Dulciada*, poema burlesco, juguete inspirado por la edad juvenil, es una obra agradable, pero harto escasa de intencion y de galas poéticas. Alcanzó en vida de *Huarte* bastante aceptación, á pesar del extremado desaliño con que está versificada, y mereció que el *Marqués de Méritos* la diera á la estampa, un año despues del fallecimiento del autor (1).

Tambien resplandecía entónces en la esfera de las letras, si bien con la luz tenue y fugaz de un fuego fatuo, *don Vicente Rodríguez de Arellano*. Escribió muchas comedias y algunos versos líricos. En todo fué mediano. Brillante entónces y olvidado ahora, la historia literaria debe un recuerdo á su nombre, sin detenerse á examinar sus obras. Otros poetas poco inspirados, del mismo siglo, cuya gloria resuena todavía, no le aventajan ni en la entonacion ni en el ingenio. Las celebradas décimas de su *Memorial burlesco*, en las cuales el tono chancero disculpa el alambicamiento de las ideas, no son verdadera poesía, pero son poesía ingeniosa, y tan aguda, aunque chabacana, que no la habria ciertamente desdeñado el mismo *Arriaza*, consumado maestro en la poesía familiar festiva.

*Rodríguez de Arellano* es uno de esos poetas que, como Mor de Fuentes, Beña, Narganes y otros poco afortunados, dejan un eco casi perdido de su nombre á la posteridad. Se advierte desde luégo, en las composiciones de elevado estilo de *Rodríguez de Arellano*, que mueven su pluma costumbre y facilidad nativa, más bien que entusiasmo é inspiracion. Algunas veces en los versos cortos no carece enteramente de gracia y de dulzura. Vivía en época en que las gentes se prendaban más de la agudeza que de la sensibilidad ó de la elevacion. Por eso tuvieron tanto éxito sus décimas del *Memorial burlesco*.—Se hicieron copias innumerables, y aquella chistosa pero trivial poesía corria de mano en mano con inusitado aplauso.—La pobre imitacion de la célebre cancion de Mira de Amescua prueba cuán léjos estaba *Rodríguez de Arellano* de aquel dulce y hechicero hablar que tanto embelesa en las obras de nuestros antiguos poetas. Entre sus escritos en prosa merece recordarse, por su fácil estilo narrativo, *El Decameron español*, ó *Coleccion de hechos históricos, raros y divertidos*.

Dos sainetistas famosos, *don Ramon de la Cruz* y *Juan Ignacio Gonzalez del Castillo*, deben ser aquí honrosamente conmemorados, pues si bien se dedicaron especialmente al teatro, al cual les llamaba su principal vocacion, no carecian el uno ni el otro de cierto númen lírico.

(1) Don Bartolomé José Gallardo dice en una lista de los manuscritos de *Huarte*, escrita de su puño, que *La Dulciada* fué compuesta «para don Jerónimo de Luque, maestrescuela de Cádiz, golosísimo.» Más creible es lo que se afirma en una nota impresa con el poema, esto es, que «dió motivo á

*La Dulciada* doña María Amoroso.» A esta señora alude el mismo *Huarte* en estos versos de la octava VIII del canto primero:

Allí hallarás un númen soberano,  
Una diosa de todos venerada  
Por su carácter dulce y amoroso;  
Ésta es la que preside en lo goloso.

Como autor de sainetes, zarzuelas y otras obras dramáticas, fué *don Ramon de la Cruz* el poeta más popular del último tercio del siglo XVIII. Era asimismo, acaso, el que más lo merecía, porque era quien retrataba más fielmente las costumbres, y quien con más chiste y en forma más amena y ligera satirizaba los abusos y los errores de su tiempo. Sólo es comparable con el fecundo, florido y agudo ingenio el *Licenciado Luis de Benavente*, el más famoso y popular de los entremesistas del siglo XVII. *Somoza* ha dicho con razon: «Si quereis conocer á fondo el pueblo español del siglo XVIII, estudiad los cuadros de Goya y los sainetes de *don Ramon de la Cruz*.» El lenguaje de este célebre escritor no resplandecía siempre por lo acendrado y lo elegante, pero era, en cambio, fácil, natural y animado; su invencion fecunda, pero de limitado alcance. Los vicios de la sociedad en que vivía, especialmente los de la clase media, le daban inagotable asunto para sus fábulas dramáticas, mas nunca se detenía á analizarlos y á formar con la pintura de los caracteres y de los sentimientos morales un cuadro profundo y acabado. Le arredaban sin duda el desarrollo sucesivo, el enlace lógico de una trama escénica de cierta extension, y se limitaba por instinto á hacer bosquejos, y no cuadros. Acaso en este defecto de su imaginacion esté en alguna parte el secreto de su popularidad. Observador agudo y perspicaz, si no profundo y analizador, presentaba á la sociedad el espejo de sus ridiculeces y de sus extravíos, esto es, una imágen briosa y verdadera, pero en forma festiva y fugaz, que provocaba más la risa que la reflexion. En representaciones que no duraban media hora, donde no se exponian los vicios sociales con rigoroso encadenamiento, como acontece en las obras de los poetas filósofos, las clases satirizadas, embebecidas con la prisa, con la verdad y con el donaire, no tenian tiempo ni voluntad para sentir la amargura de la leccion moral.

No hay que decir que un ingenio de esta índole no estaba en su natural esfera cuando cultivaba la poesía lírica elevada. Así es que escribió pocas poesías sueltas, y por lo comun en tono festivo y familiar. Quiso, sin embargo, entrar en la academia de los *Arcades*, en la cual tomó el nombre de *Larisio*.

*Castillo*, apuntador del teatro de Cádiz, fué, como sainetista, ménos fecundo y espontáneo, pero no ménos observador de las costumbres de su época, ni ménos donairoso que *don Ramon de la Cruz*. Como poeta lírico le aventaja, porque tenía acaso más ardorosa el alma. Los sangrientos horrores de la Francia de su época le causaron indecible aversion, y la indignacion política le inspiró una *Elegía* á la muerte de la reina María Antonieta, esposa de Luis XVI; imprecacion vehemente contra los asesinos de la revolucion francesa. Con qué sencilla y noble entonacion exclama:

Si; porque de otro modo, ¿cómo hubieran  
Puesto esos monstruos sus nefarias manos  
En su reina infeliz? ¿Cómo pudieran  
Marchitar ¡oh gran Dios! esos tiranos  
Aquella rosa, honor del galo suelo,  
Aquella estrella de su antiguo cielo?...  
¡Qué pueblo, santo Dios! ¿A quién no asusta  
Ese grupo de fieras que rodea  
El suplicio fatal? . . . . .

. . . . .  
¡La real matrona  
En el alto cadalso! Almas crüeles,  
¿Es ésa á quien ceñisteis la corona?  
¿A esos piés ofrecisteis los laureles?  
¿Quién hizo á una gavilla de asesinos  
Árbitros de la ley, jueces del trono?  
¿Quién formó un tribunal de libertinos,  
Do vota la impiedad, dieta el encono?

En esta obra, de estilo desigual y alguna vez declamatorio, hay algo que denota el impulso y la pasion elocuente que arrebató el ánimo de los verdaderos poetas. Tal vez habria escrito *Castillo* obras de encendido y vigoroso aliento; pero le sorprendió la muerte á los 37 años (1800), cabalmente á los principios de la madurez de su talento.

Algunos poetas, no sólo se apartaron de la escuela prosáica, sino que dieron en aficionarse á un estilo por demas artificial y encoquetado. *El Conde de Noroña* fué uno de los principales cultivadores de esta poesía, que solía pecar de enfática, y de la cual llegó á ser *Cienfuegos* tipo muy señalado. Criado al arrimo de la corte de Carlos III, soldado muy distinguido por su



arrojo y su ilustración, general vencedor de los franceses en el combate del puente de San Payo, llegó *Noroña* á muy elevada jerarquía en la milicia y en la diplomacia. Pero ni los afanes de la guerra ni el cuidado de las negociaciones llegaron á entibiar el amor á las letras, que acarició su ánimo constantemente.

El mismo errado espíritu literario que produjo en el siglo XVIII tantos perversos poemas épicos, y que había inspirado á *Escoiquiz* su insípido y fatigoso *Méjico conquistado*, indujo al *Conde de Noroña* á componer la *Ommiada*, poema destinado á cantar la separación de la monarquía árabe española del dominio de los califas de Oriente. No hay en el día voluntad bastante obstinada para leer de seguida veinticuatro cantos interminables, en que nada cautiva, ni la entonación, ni los afectos, ni la variedad, ni la armonía. Pocas cosas hay menos épicas que esos farragos de relaciones amaneradas y monótonas, en que el poeta no cuenta lo que siente y conoce, sino lo que le sugieren las prescripciones de falsas poéticas. Algunos trozos descriptivos, agradables, no salvarán nunca á la *Ommiada* del olvido en que yace en el polvo de las bibliotecas. La *Quicáida*, poema frívolo y festivo, puede leerse todavía sin fatiga, por la soltura de la narración y á veces por la facilidad y el donaire de los versos. El poema *La Muerte* está escrito con los alardes filosóficos que constituían una de las especies de afectación propias de aquella era.

En las anacreónticas, si bien á veces describe con propiedad, como en la que titula *Un borracho*, otras es insulso y vulgar, como en *Á una mosca*, y carece por lo comun de originalidad, de gentileza y de ternura. Una de sus mejores composiciones es la canción *Dichas soñadas*. Hay en ella gala, fluidez y cierto agradable sabor castellano. La deslucen, no obstante, el amaneramiento clásico y el licencioso espíritu de la poesía pagana. Campea su principal talento poético en los asuntos graves y elevados. En ellos, singularmente en su *Oda á la paz* de 1795, se encuentran los pocos acentos de alto número que sus contemporáneos admiraban tanto en sus versos. Si la poesía del *Conde de Noroña* es á menudo hinchada y ampulosa; si carece por lo comun de halago y de ternura, no puede negarse que á veces encierra elevación y entusiasmo, y que por su estilo, ya natural, ya brioso, se distingue de la poesía desmayada y trivial que había reinado en el Parnaso del siglo XVIII.

Como en el reinado de Carlos IV la poesía era una de las manifestaciones más importantes y reconocidas de la cultura intelectual, algunos hombres de superior talento privilegiado, que en otras épocas se habrían consagrado exclusivamente á estudios graves y profundos, se dedicaban á escribir versos, y si no llegaban á los triunfos espléndidos y duraderos que sólo alcanzan la inspiración y el genio, demostraban en sus obras que eran al menos entendimientos privilegiados. Uno de estos hombres, y por cierto de los más insignes, fué el célebre don Francisco Sanchez Barbero, una de las más brillantes lumbreras de la moderna Salamanca. Su fama principal fué la de poeta. Hoy, que se han desvanecido los prestigios y las ilusiones peculiares de aquel tiempo, es forzoso reconocer que la gloria principal de Sanchez Barbero no estriba en su número poético, sino en sus profundos conocimientos filológicos. Escribía versos latinos con más gusto, primor y abundancia que versos españoles, y esto, que era objeto de justa admiración en aquella época en que se estudiaba de véras, es al propio tiempo claro indicio de que en Sanchez Barbero el humanista eclipsaba al poeta. Y no es esto decir que carecía de talento poético. Ya muy pocos recuerdan su oda *Á la expedición de Colon*, que admiraba Quintana; sus tres largas composiciones *Al combate de Trafalgar* (1),

(1) La oda de Quintana al mismo asunto contribuyó tal vez á que el estilo de las de Sanchez pareciese más difuso y exagerado de lo que es en realidad. El público estaba cansado, por otra parte, de las infinitas poesías que se escribieron á la batalla naval del veinte y uno de Octubre de 1805. Un pe-

riódico crítico acreditado de aquel tiempo, *Minerva ó el Revisor*, dijo, al dar noticia de las composiciones de Sanchez (1806):

«Ha caído estos días sobre todos nosotros tal lluvia de odas y canciones (al combate de Trafalgar), que, por buenas que ellas sean, ya deben de ir cau-

su oda *Á Wellington*, cuando llegó á Cádiz la noticia de la victoria de Arapiles; su oda patriótica *Á la apertura de la cátedra de Constitución* en 1814, inspirada por el ardor político de la época, y otras poesías de altos asuntos, que, en sentido favorable ó adverso, causaron notable impresión en el tiempo en que fueron publicadas. Aun son menos los que conocen los versos, ya serios, ya tiernos, ya festivos, que compuso en los últimos años de su vida, y que van á ser en la presente colección publicados por vez primera. Leídas ahora estas poesías, á tanta distancia de aquellos tiempos, en que, ya las ilusiones patrióticas, ya la simpatía que inspiraba el infortunio del autor, ya el gusto literario que reinaba entonces, daban un interés particular á las obras de Sanchez Barbero, es imposible sentir la emoción que causan las bellezas líricas de carácter sublime y universal que sólo brotan del corazón ó de la fantasía de los grandes poetas. Tiene Sanchez Barbero lenguaje limpio y claro, frase desembarazada, y en algunos momentos cierto calor de afectos; pero suele ser su estilo desigual y prolijo, y le faltan imágenes nuevas y atrevidas, y esa expresión rápida y concentrada, pintoresca ó vigorosa, que subyuga el alma de los lectores y provoca su admiración y su entusiasmo. Verdad es que son muy contados en todas las naciones los poetas que tienen la facultad intuitiva de descubrir dentro de su alma y fuera de ella ese poder mágico de la verdadera belleza, que sobrevive á las transformaciones históricas de los sentimientos y de las ideas.

Era Sanchez muy dado á la poesía elevada, y además del drama lírico *Saul* y de la tragedia *Coriolano*, escribió siete tragedias, una comedia y un poema, *Las cuatro edades del hombre*, que, según él mismo refiere, perdió huyendo de los franceses desde Pamplona á Cádiz. Pero donde descuellan sus mejores prendas poéticas es en los asuntos alegres y satíricos. Bajo este aspecto es Sanchez Barbero apenas conocido. Para convencerse de la exactitud de esta observación, basta leer su diálogo satírico *Los Viajerrillos* (1). Es una burla chistosísima y magistral de ciertos frívolos viajeros, que vuelven á su patria llenos de orgullo y pedertería, admirando sin discernimiento usos y costumbres de países extranjeros, y desconociendo ó desdeñando los propios. Nada ha escrito Sanchez con más donaire, con mayor soltura, con más aguda intención.

La vida de Sanchez fué casi siempre inquieta y azarosa. Dotado de un carácter honrado y fogoso, no le era dable mirar con indiferencia las desventuras públicas, y no podía menos de tomar parte en el movimiento innovador que iba desquiciando la sociedad antigua, inclinándose por naturaleza á lo más ardiente y á lo más arriesgado. Otro de los indicios de su impresionable temperamento es el dolor que le causaban las heridas del amor propio. Sabida es la aversión que tomó á su segundo apellido *Barbero*, que no volvió á usar en sus escritos, á consecuencia del soneto burlesco de Arriaza contra la tragedia *Coriolano*, el cual, aludiendo al desenlace sangriento de la obra, termina así, con un equívoco que llegó al alma al quisquilloso poeta:

Se hace junto á la tienda una sangría,  
Y ésta sí que es tragedia de barbero.

Desventurada fué en extremo la suerte de este humanista insigne. En la cárcel de Corte, donde pasó cerca de dos años por motivos políticos, escribió su *Gramática latina*. En el presidio de Melilla, adonde fué conducido en Diciembre de 1814, compuso sus mejores poesías latinas y castellanas. Cinco años después, ya cercano al momento de recobrar la libertad, no pudiendo sobrellevar el tedio y las penalidades de aquella vida, espiró, en Octubre de 1819,

sando fastidio.... Abri este cuadernito por entretenimiento, y felizmente me hallé con la siguiente estrofa, no del todo mala:

Del piélago profundo  
El sol con majestad su hermosa frente  
Ya poco á poco alzando....

»Pero á poco vi unos cadáveres que se andaban mencionando en una márgen espumosa, y doce mil muertes dando el brazo á doce mil orfandades; con lo cual bastó para que, atemorizado yo de tantos endriagos y vestiglos, dejase, apresurado, el libro.

(1) Lo publicamos en la presente colección.



á los cincuenta y cinco años de edad; realizándose el triste vaticinio que él mismo formó, al entrar en presidio, en este bello dístico latino:

*Hic ego sum clausus. Pro te tibi natus oportet  
Oh patria! ut peream? Victima cæsa cadam.*

En el mismo año que nació *Sanchez Barbero* (1764), había nacido otro poeta de más fogoso aliento, *don Nicasio Álvarez de Cienfuegos*.

Señalo de lejos con mis obras la senda que deben seguir un *don Leandro Moratin*, un *don Nicasio Cienfuegos*, un *don Manuel Quintana* y otros pocos jóvenes, que serán la gloria de nuestro Parnaso y el encanto de toda la nacion.... He concurrido con mis avisos y exhortaciones á formar los dos últimos.

Esto escribía *don Juan Melendez Valdés* en 1797. Y en verdad que pocas veces ha sido ménos confirmada por el resultado esta ilusion de maestro y de amigo. Acaso no sea dable hallar en los anales literarios de España dos naturalezas poéticas ménos semejantes á la del dulce *Melendez* que las de *Cienfuegos* y *Quintana*. En aquél todo es blandura, halago y flexibilidad; en éstos, incapaces ambos de transacciones morales y literarias, todo es ímpetu, rigidez y energía.

De *Cienfuegos* se ha dicho, como donaire, pero no sin razon, que su índole está definida en su nombre. La vehemencia de su carácter entero y levantado, de que dió tan nobles muestras en su vida, se refleja en sus versos. Cuanto sujeta y reprime es molesto á su ánimo libre é impetuoso. Aunque individuo de la Academia Española, hasta el idioma le embaraza, y rompe á menudo con las leyes de la elocucion castiza y propia, inventa frases y palabras, y habla, en fin, una lengua atrevida y extraña, exclusivamente suya. Pudo decir *Marchena* con graciosa exageracion: «El castellano de *Cienfuegos* más se asemeja á la *lengua franca* de los arraces de Argel que al idioma de los Argensolas y Riojas.» Han podido ser tachadas de algunos defectos la disposicion del plan y la propiedad de los caracteres de sus tragedias (1); han podido censurarse igualmente el sentimentalismo enfático y declamatorio que en él brotaba naturalmente del generoso y exaltado espíritu de sus filosóficas ilusiones; la falta de discernimiento crítico, que le hacia colocar á un nivel nobles imágenes y otras monstruosas ó pueriles; pero lo que nadie puede negarle es que había nacido poeta, que le animaba el fuego de un sentimiento arrebatado, que en sus detractores no se infundia; y que los más de sus defectos nacieron del afan que ponía en forzar su sensibilidad, que era grande, y su fantasía, que no era poderosa; de la lucha de su ingenio libre y ardoroso con las trabas del gusto reinante, y de la falta de madurez y de direccion clara y segura, que, en las épocas de transicion, es el escollo donde se estrellan las más nobles fuerzas del entendimiento. *Jovellanos*, *Lista* y *Quintana*, ya porque llegaba á su alma la llama de aquel fuego, ya porque comprendian la elevacion de instinto que movía la pluma de *Cienfuegos*, lo aprecian y lo aplauden. *Quintana* principalmente, que, con mayor talento, tenía mucho de su enérgico temple, lo defiende con calor y elocuencia del encarnizamiento de los *humanistas*.

El valor verdadero de *Cienfuegos* consiste en que, en medio de aquella glacial atmósfera de amaneramiento y de artificio que habían creado los poetas reformadores, escribe lo que siente, y siente con ímpetu y firmeza. Sus tragedias *La Zoraida* y *La Condesa de Castilla* están sembradas de magníficos rasgos, no exclusivamente líricos, como generalmente se ha dicho, sino llenos tambien de vigor dramático. Tal carácter tiene, por ejemplo, aquella réplica ge-

(1) Véase un ejemplo de la diversidad que se advierte entre los juicios que se formaron de las tragedias de *Cienfuegos*. *El abate Marchena* dice: «El *Idomeneo* es una desatinada mescolanza de máximas filosóficas, de escenas de pantomima, de disparates del protagonista, que por remate sacrifica á

los dioses á su hijo, y se va por los mares sin decir adónde; acaso á la Tebaida, á hacer penitencia por haber dado pié á tal hato de desvarios del poeta moderno.»

*Quintana* dice: «El *Idomeneo* presenta un conjunto grande y majestuoso.»

nerosa de *Rodrigo* en *La Condesa de Castilla*, cuando dice, defendiendo á sus parciales:

Levantad al instante tres cadalsos,  
Y yo tambien pereceré con ellos.

En la poesía lírica de *Cienfuegos*, donde campea con mayor desembarazo su independiente musa, trozos se encuentran á cada paso, en los cuales, unas veces enérgico, otras delicado y afectuoso, da muestras de alma sincera y conmovida; y este mérito, en cualquier tiempo de valor muy subido, es mayor todavía cuando la poesía vive subyugada por formas y espíritu convencionales. En sus composiciones *La escuela del sepulcro*, *Á Bonaparte*, *Á un carpintero*, *Al Otoño*, *Á la Primavera*, *Á un amante al partir su amada*, llenas de bellezas y de extravagancias confusamente amalgamadas; en sus epístolas morales y en algunas otras poesías, hay, ya varonil aliento, ya falsas é ilusorias ideas, sofismas de una imaginacion que se acalora con violencia, ya dulce y verdadera melancolía; siempre admiracion á la humanidad generosa ó brillante, siempre amor profundo á la humanidad menesterosa. Asuntos, formas poéticas, locuciones, palabras, todo lo toma arrojadamente á su antojo, si juzga que conviene á la expresion de los sentimientos que enardecen su alma. Á veces se equivoca, y no sabe hermanar la libertad con el buen gusto; pero así y todo, ¡cuán distante se halla de aquellos melindrosos *pastores* de la escuela pseudo-clásica, que, en medio de su bucólica llaneza, no se atreven á llamar las cosas por su nombre! La imaginacion de *Cienfuegos*, así como la de *Vaca de Guzman*, era de aquellas que propenden á desmandarse. En otro siglo, ambos habrían sido poetas francamente *románticos*. El imperio que en su tiempo ejercía la disciplina doctrinal embargó sin provecho alguno el vuelo de su fantasía.

Cuando las vicisitudes de la nacion pusieron á prueba el alma de *Cienfuegos*, se vió bien claro hasta qué punto era su temple noble y robusto. Reconvenido ásperamente por *Murat* porque no ayudaba al triunfo de la dominacion francesa, le contestó con la heroica entereza de quien antepone á todo su lealtad y su patriotismo. El 4 de Mayo de 1808, esto es, en momentos en que hasta la tibieza para con los franceses era un crimen, hizo dimision de su empleo de oficial de la primera Secretaría de Estado, en un oficio dirigido á la Junta de Gobierno, escrito con suma valentía. En él declara que «no continuaria sirviendo aunque hubiera de costarle la vida» (1). Condenado despues á muerte, estuvo á pique de ser fusilado, y se negó á hacer gestion alguna para conjurar el peligro. Sus amigos le salvaron del suplicio, pero no de la deportacion. Muy enfermo, y con el corazon abrasado por la indignacion y la pena, fué llevado á Francia. Murió á pocos dias de su llegada á Ortez (1809),

Donde la ninfa del Adur vencido  
Quiere aplacar con ruegos  
La inexorable sombra de *Cienfuegos* (2).

A continuacion de *Cienfuegos*, y tambien por via de contraste, mencionaremos el nombre de *don Leandro Fernandez de Moratin*. No cabe hallar dos escritores insignes de más opuesta y divergente naturaleza. *Cienfuegos* todo pasion, audacia y arrebato; *Moratin* todo mesura, serenidad y atildamiento; aquél censurable por la extravagancia y la impureza de la diction y por el artificio del estilo; éste admirable por la pureza, por la propiedad, por el esmero. Como poeta lírico, tiene *Cienfuegos* más alma y más alcance. Pero las poesías de *Moratin*, un tanto frias por lo general, suelen ser modelos de elegancia, de claridad, de limpio y terso estilo, y muy á menudo de intencion moral. Cuando son sus versos de índole satírica, suelen encerrar el espíritu observador y la penetrante censura que son propios del poeta cómico. A veces toma esta censura el recio carácter del anatema filosófico, como cuando exclama:

Yo vi del polvo levantarse audaces,  
A dominar y perecer, tiranos,

(1) Expediente personal de *Cienfuegos*, en el archivo del ministerio de Estado.

(2) *Lista*.